

Él se fue

Han pasado varias semanas desde el entierro de Micaela. Torito tampoco regresó. La desolación ampara a Utanahua. El alcalde acaba de anunciar la llegada de una empresa minera, dice que es lo mejor para el pueblo. Los pobladores sienten que los Apus los han abandonado. Ya no hay la frescura e inclusive don viento ya no revolotea con esa alegría y la para se ha ido lejos. Tractores, motosierras, camiones vienen arribando a la plaza. Hombres de casco blanco dirigen a trabajadores que descargan de las movilidades. Se observa un nuevo tumulto, un aumento de gentío. Las paisanas del mercado están contentas, porque aumentará el comercio. Pronto cambiará todo, costumbres y tradiciones.

Don Sixto, anuncia este cambio.

—Hermanos, es necesario hacer transformar nuestro pueblo. La minera nos construirá una autopista—

— ¡Ya no habrá más accidentes! —

Mi voz se ha enronquecido, mis pantalones se han quedado pequeños, mi zampoña ya no suena lo mismo. Se viene el verano y debemos partir a la ciudad junto a mamá. Por última vez subo a la cima de la montaña, en donde el señor Sol va rumbo hacia su descanso. Pero antes me cobijará con su calor. Lalita ya no sale de su cabaña, «¿Qué será de ella?», me pregunto.

Estoy justo en la hora gris y gris está mi corazoncito. No mido el tiempo. Me siento en un limbo.

— ¡Ey muchacho!, ¿Qué haces aquí?, — ¡Anda apura, que el ferrocarril está por partir, — así me dice Don Sixto! Con mucha tristeza me levanto de aquella piedra

y en rumbo mi nuevo camino, un recorrido donde mi niña, mi Lalita ya no estará conmigo.

(Fragmento. Lalita, mi niña andina)